

MODERNIDAD Y TRADICION DE LA ESTRUCTURA ECONOMICA (*)

Una nueva rama de la Economía

“Estructura Económica: Estas dos palabras, notablemente utilizadas desde hace unos veinte años, se aplican a nociones bastante dispares y, con frecuencia, difíciles de precisar.”

Al comenzar con la precedente frase un artículo relativamente reciente (1), autor tan destacado como Tinbergen aportaba todo el peso de su autoridad a la formulación de un juicio nada difícil de aceptar por los economistas: la novedad de la especialidad estructural dentro de la ciencia económica. En efecto, pese a la creciente insistencia con que se vienen manejando referencias a la estructura, y no obstante la aparición de obras y trabajos con la voz “estructura”—o alguna derivada—en su título, es bien noto-

(*) La circunstancia de haber sido provista recientemente la primera cátedra de Estructura Económica en la Universidad de Madrid ha inducido a la Dirección de la revista a solicitar del nuevo catedrático un trabajo sobre dicha materia, notoriamente más cultivada cada día. Con este motivo nos complacemos en anticipar el primer capítulo del libro en preparación *Introducción a la Estructura Económica*, expresamente adaptado por su autor para su publicación, como artículo independiente, en la revista de Economía Política.

La Dirección de la revista agradece sinceramente las facilidades dadas por José Luis Sampedro para la publicación del presente trabajo.

(1). TINBERGEN, J.: *De quelques problèmes posés par le concept de Structure Économique*. “*Révue d'Économie Politique*”, enero-febrero de 1952.

rio que los fundamentos teóricos de esta rama se encuentran todavía por construir, pues las no abundantes aportaciones existentes están lejos de ser unánimes y, por consiguiente, de ofrecer al estudioso ese mínimo campo de lo generalmente admitido, sin el cual es difícil que las investigaciones progresen con una orientación concorde (1).

Precisamente la enseñanza de la Estructura Económica en nuestra Universidad de Madrid tiene una breve historia, que resulta sumamente probatoria de la novedad del tema; empezando por el hecho de que dicha Universidad es la única—a nuestro saber—donde se cursa la Estructura con rango de asignatura independiente. Y aunque no nos atrevemos a afirmar que no exista tal disciplina en ninguna otra, sí cabe admitir, por lo menos, que la nueva especialidad no ha de ser nada fácil de encontrar en los planes de estudios de la mayoría de las universidades.

Pues bien, aun en esta misma Universidad Central española, que tan sensitivamente ha captado en sus planes lo que hay ya de "clima estructural" en los modernos economistas, resulta prácticamente nueva la asignatura. En efecto, el primer plan de estudios, promulgado en 1943 para la entonces recién creada Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, no incluía ningún curso de Estructura. Pero ya al año siguiente y sustituyendo a la asignatura de "Geografía Económica" (y la sustitución es ya de por sí bastante significativa, por implicar la superación del enfoque preferentemente espacial dado antes a la materia) se establecieron en la Sección de Ciencias Económicas dos cursos denominados respectivamente "Estructura Económica Mundial" y "Estructura Económica de España", al mismo tiempo que en la Sección de Políticas se creaba un curso de "Estructura Económica". Hasta que, en 1953, el nuevo plan sustituyó los dos primeros cursos citados por otros dos de "Estructura e Instituciones Económicas Españolas en relación con las extranjeras", introduciendo así un anejo institucional también altamente significativo por razones que no es

(1) Todavía en fecha tan reciente como noviembre de 1954, la "Révue Economique" consideraba necesario dedicar un número monográfico a la problemática estructural, porque—como advierte el correspondiente editorial—la mayoría de los economistas, no obstante usar frecuentemente el término "Estructura", tienen la sensación confusa de estar manejando una noción todavía insuficientemente determinada.

ésta la ocasión de desarrollar, pero que a nuestro juicio se hallan vinculadas a lo más sustancial de ambos conceptos: "Institución" y "Estructura".

Esta breve historia nos demuestra, con sus vicisitudes en sucesivo progreso, la novedad de la disciplina. Pero también nos dice, claro está, que es enseñada. Luego existe, podemos completar a lo cartesiano. Y así es porque, como consignábamos al comenzar, hace ya tiempo que aparecen libros dedicados a estudios de carácter estructural (1); e incluso algunas obras que, al traducirse o continuarse, dan cabida en sus títulos a un término "estructura", inexistente en su primera presentación (2). Es cierto, asimismo, que lo estructural se ve crecientemente cultivado en los artículos de revista y otros trabajos menores. Pero en vano hemos buscado un tratado de Estructura, una precisión de su concepto, una exposición de sus métodos, una obra, en fin, general y básica, como las existentes en otros campos científicos. Y por eso todavía podía publicarse en noviembre pasado—en el aludido número monográfico de la "Révue Economique"—un artículo de Åkerman que comienza con palabras casi exactamente iguales a las de Tinbergen, transcritas al comienzo de este trabajo:

"Desde hace una quincena de años, el concepto de estructura aparece cada vez con mayor frecuencia en los debates económicos. Pero conviene advertir que el sentido del vocablo es impreciso, carente de definición explícita. En realidad, la "estructura" no está lejos de presentarse hoy con la misma ambigüedad que el "cuppital" o el "ciclo" en investigaciones más antiguas."

Nueva, ma non troppo

No seguiremos prolongando los comentarios precedentes para

(1) Recordemos, sin propósito exhaustivo, obras tan conocidas como *Estructura y ritmo de la Economía mundial*, de WAGEMANN; o *National Power and the Structure of Foreign Trade*, de HIRSHMAN; o *L'Industrialisation des Pays Agricoles et la Structure de l'Économie Mondiale*, de PROKOPOVICZ.

(2) Así, v. g., la famosa *Social Framework*, de HICKS, que en la traducción castellana de la adaptación norteamericana de HART lleva el título de *Estructura de la Economía*. O la conocida *International Economics*, de ELLSWORTH, cuya reciente segunda parte se titula *The International Economy: Its Structure and Operation*.

persuadirnos de algo tan conocido como la novedad de esta rama reciente de la Economía. Por el contrario, nos apresuraremos a matizar prontamente tal calificación de novedad, pues importa no caer en la actitud muy ingenua—y nada rara—de pensar que modestas meditaciones personales descubren o inauguran nada menos que una especialidad científica. No sólo no lo creemos así, sino que, por el contrario, tenemos bien presente la vieja advertencia del *nihil novum sub sole* que, para aleccionamiento de economistas, ilustró tan estupendamente Einaudi en las primeras páginas de su *Mitos y paradojas de la justicia tributaria*. Después de todo, no otra es la vieja sabiduría del *Libro de los Proverbios*, que nuestro gran Feijóo trató ya, con su penetración peculiar, en el Discurso XII de su *Teatro Crítico*: “*Resurrección de las Artes y Apología de los Antiguos.*”

La Estructura Económica es, desde luego, una especialidad nueva. Pero no en absoluto, porque difícilmente habrá algo que lo sea, a poco que toque al hombre y sus problemas. No nos sorprendamos, por lo tanto, si al adentrarnos en el tema advertimos pronto cuán importantes aportaciones ofrecen autores de la época en que dió sus primeros pasos la ciencia económica moderna. Autores, sin embargo, que no por eso construyeron la especialidad estructural, a causa de esa aparente paradoja que tan felizmente supo formular Whitehead, según recuerda Merton: “*Todo lo que tiene importancia ha sido ya dicho antes por alguien que no lo descubrió.*”

No pretendemos, por tanto, descubrir Mediterráneos, porque el valor vital auténtico que tiene para cada hombre el hecho de descubrir por sí mismo el Mediterráneo no justifica nunca el trasplante de esa experiencia al terreno objetivo de la ciencia. Pero aun sin esa pretensión, sigue siendo cierto que la especialidad estructural es rigurosamente nueva, siempre que esta afirmación se interprete en su recto sentido. Y esta novedad debe ser analizada, porque la atención del hombre no se desvía sin motivo desde uno a otro campo del conocimiento.

Por otra parte, no cabe duda de que empezaremos a saber algo de nuestra materia si nos contestamos, aunque sólo sea provisional y aproximadamente, a estas dos preguntas introductorias:

a) ¿Por qué ha tardado tanto en comenzar a sistematizarse la orientación estructural en la economía?; y

b) ¿Por qué precisamente ahora es cuando empieza a cuajar ese nuevo módulo de conocimientos, generalizándose una actitud científica que no pudo arraigar antes, pese a geniales atisbos precursores?

Un motivo de sorpresa

Abordemos la contestación a nuestra primera pregunta, valiéndonos de una sencilla observación. Imaginemos un naturalista que, paseando por el campo, golpea con el pie una piedra. Se inclina, la examina brevemente, piensa la palabra "granito", y sigue su camino. Ese solo vocablo le ha permitido designar de una vez, e inequívocamente, un complejo conjunto de propiedades existentes en el fragmento de realidad que acaba de examinar. Porque "granito" es el epígrafe de un casillero científico previamente elaborado, cuyo empleo ahorra muchos esfuerzos en la aplicación de los conocimientos a la realidad y evita todas las polémicas susceptibles de surgir cuando falta un sistema terminológico basado en una tipología suficientemente precisa.

En la ciencia económica, en cambio, y frente a la Historia Natural, sólo contamos hoy con balbuceos de una tipología sistemática que permita clasificar los objetos propios de su estudio con alguna utilidad práctica. Los calificativos de "agrícola", "industrial", "adelantada" o "retrasada", por ejemplo, suelen utilizarse con una vaguedad y una imprecisión que constituyen un verdadero motivo de sorpresa ante la falta de una elaboración clasificatoria, como la que han podido construir otras ciencias. Pues los intentos realizados en ese sentido, con frecuencia basados en criterios no económicos, no han logrado aceptación general. Esta falta de una precisa tipología científica (1) resulta más sorprendente aún si se recuerda que justamente la economía cristalizó como ciencia cuando el afán clasificador rendía frutos tan opimos como la tipología linneana.

(1) No es que olvidemos intentos tipológicos como, v. g., el de WACEMANN, ya citado, o los de LIST, HAHN, HILDEBRAND, BÜCHER, HILGERDT y otros autores cuya crítica puede verse en WOITINSKY *World Population and Production* (Nueva York, 1953). Pero el propio WOITINSKY, después de pasarles revista, se ve reducido a mantener los vagos criterios "agrícola", "industrial" y "mixto", insatisfactoriamente combinados con los de "sub-desarrollado" : "desarrollado".

Con estas reflexiones resulta todavía más imperiosa la primera de las dos preguntas que nos formulábamos anteriormente, y cuya respuesta vamos a intentar.

El difícil estudio de la estructura económica

Para irnos entendiendo por ahora consignemos que si bien el contenido de la "estructura económica" no se encuentra precisado, cabe asimilarlo poco más o menos—en una primera aproximación provisional—a lo que hay de morfológico en la realidad económica, a lo que ésta tiene de disposición de partes dentro de un todo, con alusión a las relaciones o conexiones existentes entre esas mismas partes. Como veremos, de todo esto se encuentra entre los precursores de la especialidad estructural, que en distintas ocasiones atisbaron aspectos anatómicos, orgánicos o funcionales de la realidad.

Partiendo de esa noción preliminar, surge pronto una primera explicación del retraso en la elaboración de los conceptos estructurales que, a su vez, hubieran permitido llegar a una tipología. Pues no cabe duda de que esa tarea científica, relativamente más fácil en otros órdenes de realidades, se dificulta extraordinariamente cuando nos enfrentamos con el mundo social económico. No cabe duda, por ejemplo, de que el ingeniero enfrentado con una estructura mecánica goza de una doble ventaja para comprenderla: la de que se trata de una realidad plenamente exterior a él, y la de que, además, es algo creado por el hombre. Esta última ventaja desaparece en el caso de una estructura biológica, pues la realidad viva implica el hecho de que las partes dejan de ser lo que eran cuando se las separa del todo; pero aun así, el anatómico todavía puede abarcar, como el ingeniero mecánico, el conjunto del cuerpo que va a someter a disección. En cambio, al observador de la realidad económica le falta incluso esta posibilidad, hasta el extremo de encontrarse inmerso en el mundo que estudia, del que él mismo forma parte. Como decía Rousseau, citado a este mismo propósito por Bastiat, "*hace falta mucha filosofía para observar los hechos demasiado próximos a nosotros*" (1).

Esta inmersión del observador en el objeto de su estudio se

(1) F. BASTIAT: *Harmonies économiques*, 6.^a ed., París, 1870.

agrava debido a la complejidad del mundo social, donde es tan difícil seguir el paso a las repercusiones de los fenómenos, así como por el hecho de que ese mundo no se ha formado de acuerdo con un plan racional, sino que es esencialmente fruto del devenir histórico y constituye una realidad viva, más comprendida a veces por la intuición del político que por el razonamiento lógico.

Todos estos obstáculos y esas resistencias opuestas por lo social a la observación científica requerían, para su superación, instrumentos auxiliares de trabajo que, como es fácil comprender, tardaron en ser elaborados. Hay técnicas que, en sí mismas, podrán parecer secundarias, pero sin las cuales no se puede dar un solo paso. Y lo mismo que sin el microscopio es posible que los fisiólogos estuvieran discutiendo todavía los "humores" del cuerpo, así también el análisis de la realidad económica necesita de técnicas estadísticas y matemáticas, junto con esquemas conceptuales previos, cuya falta explica que intuiciones tan geniales como las de Petty o Quesnay no pudieran pasar de meros atisbos precursores. Explicando los distintos grupos de estudios que han convergido en la formación de las ciencias sociales, decía ya Seignobos:

Uno de estos grupos se ha constituido mediante la creación de una estadística fundada sobre un método científico. Los primeros ensayos remontan a fines del siglo XVII, a los trabajos de Petty y a las Tablas de mortalidad. Pero fué preciso esperar a disponer de series suficientemente completas y relativas a fenómenos suficientemente variados para inducir a estudiarlas metódicamente, extrayendo de ellas conclusiones generales (1).

La escuela clásica y las ideas estructurales

A las razones precedentes podrían añadirse otras. Sin duda, por ejemplo, los creadores de la economía clásica se cuidaron mucho más de explicar la realidad que de describirla con preci-

(1) CH. SEIGNOBOS: *La méthode historique appliquée aux sciences sociales*. París, 1901.

sión científica. Cosa, por lo demás, comprensible, pues, por una parte, tendían a dar por conocida la realidad circundante y, por otra, aunque no ignoraban la existencia de realidades diferentes —recuérdense, v. g., las abundantes referencias del filósofo Adam Smith al Oriente coetáneo o a la antigüedad— les parecía, sin duda, más urgente afrontar los problemas propios: además de la natural tendencia humana, sobre todo en materia social, a pensar “dentro” de los propios problemas, como justifica Valentín Andrés Álvarez, precisamente con ejemplos de la economía clásica, en su ensayo *La Lógica de la Economía y la Economía de la Lógica* (1). Y por eso, entre otros motivos, los clásicos ingleses dedicaron principalmente su atención, según afirma Prokopovicz:

“... a la distribución internacional de los factores móviles de la producción. El hecho de haber ignorado el fenómeno de la distribución de esos factores en el interior de una nación y de la distribución internacional de los recursos naturales les impedía penetrar más a fondo en las cuestiones relativas a la estructura morfológica de la economía nacional y mundial” (2).

Pese a esta posición de los clásicos, insistimos, existen otros precursores que no es exagerado calificar de geniales. No cabe duda, por ejemplo, de que la *Aritmética política* de William Petty es el más perfecto trabajo de estructura económica que se podía construir en su tiempo; como lo es también, con otro criterio, la concepción extraordinaria de Quesnay, a la que se vinculan tantos autores. Y si von Thünen incorpora los problemas espaciales al campo estructural, Federico List formula un intento de tipología económica enlazado ya a las ideas historicistas alemanas. Más aún, creemos que antes, sin duda, del propio Petty podrían fácilmente hallarse valiosas ideas estructurales, aun sin llegar tan lejos como Villeneuve-Bargemont que, según recuerda Luigi Cossa, opinaba que los comienzos de la ciencia económica se encontraban en el Paraíso terrenal. Pues cuando a

(1) Publicado en la revista “Moneda y Crédito”, junio 1951.

(2) S. N. PROKOPOVICZ: *L'Industrialisation des pays agricoles et la structure de l'économie mondiale après la guerre*. Paris, 1946.

algo considerado tan moderno como la utilidad marginal se le han podido encontrar rastros entre los pensadores griegos (1), claro está que cabe buscarlos también para otras cuestiones más evidentes. Pero el esfuerzo correspondiente no se vería compensado. Dudamos de que, desde aguas tan profundas, sacáramos en la red ideas que no estén elaboradas en los autores de la época moderna, con más aproximación a nuestras preocupaciones concretas.

Se observará, no obstante, que entre los autores citados —de acuerdo con la idea de Prokopovicz en el párrafo anteriormente transcrito— no figuran los grandes nombres de la escuela clásica, sin que esto signifique su total exclusión, pues Ricardo, por citar un solo ejemplo, tiene ideas estructurales muy valiosas, v. g., en el capítulo XIX de sus *Principios*, significativamente titulado: *De los cambios súbitos en las vías del comercio*. A nuestro juicio, y aparte las dificultades aludidas precedentemente, puede comprenderse esa actitud de los clásicos fundamentalmente por la naturaleza explicativa y microeconómica de sus exposiciones, poco afines al enfoque descriptivo y macroeconómico característico de lo estructural. A esto se suma la coetánea división del trabajo entre los científicos, pues resulta que durante el florecimiento de los grandes autores clásicos existía, bajo el nombre de “Estadística” y al margen de la Economía Política de Smith y Ricardo, una disciplina que era en realidad la que abordaba, dentro de las posibilidades de entonces, lo que hoy consideramos como Estructura. Esta diferencia entre Economía y Estadística se aprecia muy bien, v. g., en un autor como Rau, que en el apartado II de la Introducción a su *Tratado de Economía Nacional* (traducción francesa de 1839. Bruselas) escribe lo siguiente, al ocuparse de las relaciones de la Economía con otras ciencias:

La Estadística proporciona los hechos mediante los cuales cabe trazar el cuadro de la situación de un estado en una época dada (generalmente el momento actual). Los datos sobre la riqueza ocupan un lugar importante en los estudios de esta ciencia, porque se dejan expresar fácilmente en cifras, lo que es muy de

(1) Véase E. KAUDER: *Genesis of the Marginal Utility Theory*. “The Economic Journal”, septiembre de 1953.

desear para la Estadística. Las enseñanzas de ésta sobre la producción, la distribución, la posesión y el consumo de las riquezas materiales de una nación, así como sobre la situación de las finanzas, son del máximo interés para la Economía Política, cuyos principios completa y confirma la Estadística, justificándolos y facilitando su aplicación en diversas circunstancias. A su vez, la Economía Política es para la Estadística un auxiliar poderoso, indicándole el punto de vista en función del cual pueden ser recogidos, comprobados y clasificados los datos estadísticos. Es, pues, muy útil para ambas ciencias hacer progresar paralelamente sus experiencias.

Lo que en el texto precedente se dice de la Estadística —herencia evidente de los antiguos “estadísticos” alemanes— podría muy bien aplicarse hoy a la estructura sin grandes variaciones. Y como en un párrafo precedente Rau explica el contenido de la economía integrándolo en leyes causales y en reglas sobre los efectos esperables en determinadas circunstancias, se comprende hasta qué punto lo descriptivo quedaba encomendado entonces a otra disciplina diferente. Y no se piense que la confusión no dura más allá de la mitad del siglo, pues poco antes de 1900, cuando Seignobos escribe su ya citada obra, todavía sigue distinguiendo en ella, dentro de las ciencias sociales, entre *las ciencias estadísticas —la “Física social” de Quetelet—, incluida la demografía, por una parte, y las ciencias de la vida económica, por otra.*

Además del motivo expuesto, seguramente influyó también en el desinterés de los clásicos el hecho de que la concepción de conjunto de toda la realidad económica se impregnó muy pronto de matiz político y fué a alimentar, no las argumentaciones de los estudiosos desapasionados y objetivos, sino el arsenal polémico de los hombres de acción, empeñados, sobre todo, en ganar batallas políticas. No sólo, en el caso evidentísimo de Marx, sino en el de los socialistas de cátedra o del propio grupo fisiócrata —cuyas conexiones ideológicas con los principios de la Revolución francesa no pueden ser discutidas— se advierte este matiz político, aunque a veces sea involuntario y no se ponga conscientemente en

evidencia. Hasta tal punto, que la más extendida clasificación tipológica de estructuras económicas, la que más cuantiosamente ha sido utilizada y la que por antonomasia responde a lo que en Estados Unidos se estudia bajo el epígrafe de "Sistemas Económicos Comparados", es principalmente una clasificación de carácter político-jurídico en la que, si bien hay diferencias económicas, éstas son mera consecuencia. Y ante esta pasión polémica y práctica, muchísimo más apreciable en las primeras construcciones macroeconómicas que en las elaboraciones de la escuela clásica, era natural que ésta evitase arriesgar su objetividad dando entrada a construcciones a veces descaradamente parciales en función de móviles externos a la ciencia económica.

La creación de nuevos instrumentos de trabajo

Los párrafos anteriores ofrecen, sin pretender agotar el tema, un intento de explicación para comprender por qué los estudios estructurales no encontraron la oportunidad histórica de su eclosión en el seno de la economía clásica, transmitida en general como núcleo central de la ciencia. Podemos complementar ahora esa exposición interpretativa procurando contestar a la segunda de las preguntas que nos formulábamos al comenzar este capítulo: ¿Por qué cuaja más tarde el enfoque estructural dentro de la ciencia económica?

El reciente éxito ulterior de la palabra estructura y de su contenido ideológico no puede atribuirse a la casualidad. Antes al contrario, cuando en el ambiente científico se difunde una determinada orientación y obtiene rápidamente la aquiescencia general es porque ha llegado su momento y encuentra un caldo de cultivo propicio donde cristaliza la idea como en una disolución sobresaturada, cuya inestable quietud altera un golpe súbito. Entonces no sólo es que cuajan los principios que en vano quisieron prosperar en época anterior, sino que ciertas concepciones parecen estar en el aire por todos respirado, hasta el extremo de no ser raro que las formulen varios investigadores simultáneamente y con absoluta independencia unos de otros. De estos casos tenemos en economía el conocidísimo ejemplo de la exposición de la utilidad marginal por Jevons, Menger y Walras, poco más o menos, al mis-

mo tiempo. En biología es aún más sorprendente —por la más rigurosa simultaneidad del descubrimiento— la coincidencia en ser formulada la idea primaria de la evolución de las especies, en 1794-95 por Goethe, Geoffroy Saint-Hilaire y Erasmo Darwin, según cuenta el nieto de este último en la introducción histórica a su famoso libro sobre el *Origen de las especies*.

En el caso de la estructura la coincidencia no es tan llamativa, pero no por eso deja de ser cierto que la anterior situación adversa en el ambiente científico va poco a poco invirtiéndose. La primera causa para ello se encuentra, desde luego, en la remoción de los obstáculos descritos en párrafos precedentes. Las técnicas de observación y conocimiento de la compleja realidad social envolvente, se encuentran hoy en un estado de adelanto incomparablemente superior a la época en que los primeros macroeconomistas, desde Petty y Quesnay en adelante, pretendían concretar sus intuiciones en versiones reales y concretas del mundo económico. El análisis matemático de los datos estadísticos y la organización administrativa para la recogida de éstos permite hoy proponerse objetivos que hace solamente cuarenta años hubieran parecido quiméricos. Por añadidura, y muy recientemente, las máquinas electrónicas de cálculo permiten confiar en la desaparición de otro obstáculo, aun esgrimido como argumento supremo contra los economistas matemáticos: la desdeñosa frase de que “aun cuando en teoría fuesen ciertos los sistemas de ecuaciones del equilibrio general y los modelos econométricos, en la práctica plantearían siempre problemas de cálculo irresolubles”. No hacemos esta afirmación por nuestra cuenta, sino transcribiendo lo escrito por un gran especialista como Ragnar Frisch cuando, en 1948 (1), consideraba necesario dar cuenta al mundo científico de ciertos estudios, en gran parte estructurales —he aquí otra manifestación de novedad—, elaborados en la Universidad de Oslo:

...Por consiguiente, se requiere un considerable perfeccionamiento de la técnica de cálculo. Esta es la razón por la cual fui encargado por mi Universidad para que investigara las posibilidades de los grandes aparatos

(1) FRISCH, Ragnar: *Repercussion Studies at Oslo*, en “The American Economic Review”, junio de 1948.

calculadores creados en Estados Unidos durante la guerra. Me refiero particularmente a los construídos en Harvard y en la Universidad de Pensilvania, así como al que actualmente se está construyendo en Princeton. Estoy convencido de que si se pusieran a disposición de los econométristas los servicios de estos aparatos, podrían atacarse problemas que anteriormente no hubieran podido abordarse ni en sueños. Y creo que los progresos de tales técnicas vendrán a revolucionar todo el campo de la econometría, abriendo sobre todo la ruta para que esta ciencia se convierta en un instrumento cada vez más útil desde el punto de vista de las aplicaciones prácticas.

Es evidente, por tanto, que la adquisición de nuevos instrumentos de trabajo ha contribuído a eliminar obstáculos para el desarrollo de los estudios estructurales. Y si queremos persuadirnos de hasta qué extremo y hasta qué época tan reciente ha constituído un problema la falta de información científicamente concebida, bastará consignar que en Estados Unidos —país de tan copiosas y elaboradas estadísticas— no se pudieron publicar oficialmente datos de la renta nacional real hasta enero de 1951. A pesar de que, hasta aquella fecha, y según un texto del Departamento de Comercio:

...la medida física de la producción nacional era posiblemente la más urgente necesidad para poder mejorar y suplementar el sistema de contabilidad nacional (1).

La tendencia científica general hacia la estructura

Claro está que la simple remoción de obstáculos instrumentales, aunque necesaria, no es suficiente para justificar la eclosión de una especialidad científica. Son necesarios otros factores positivos, y, en nuestro caso, nos parece muy importante el de que el

(1) *National Income*. 1951 Edition. U. S. Government Printing Office. Washington, 1951.

interés reciente por lo estructural no es un fenómeno limitado sólo a la economía, sino observable también en otras ciencias.

No vamos a engolfarnos aquí —supera nuestro propósito y nuestros medios— en una interpretación general de la historia de nuestra ciencia, tratada ya por autores diversos y, según la cual, desde el orden social natural de los fisiócratas, concebido como una simple suma de las individualidades, se evoluciona hacia la idea de una integración con interpenetraciones mutuas, en la que el resultado colectivo es algo distinto de la mera suma. En este sentido, un economista ha podido ver en Balzac —y después, con menos vigor, en el “unanimismo” de Jules Romains— la expresión literaria de la concepción macroeconómica moderna frente al protagonista individual de los esquemas clásicos (1). Del mismo modo que se aprecian otras manifestaciones de esta misma tendencia, por lo que respecta a la ingeniería, en la torre Eiffel y otras llamativas estructuras metálicas de la época; en lo que concierne a la química, en la aparición, a principios de siglo, de las resinas sintéticas de Baekeland, que condujeron a los estudios sobre la estructura de las grandes moléculas con todas sus impresionantes aplicaciones actuales (2); en psicología, en las concepciones vinculadas a la estructura del carácter; y en ciencias sociales, para terminar, en una amplia evolución general que preferimos describir con palabras más autorizadas que las nuestras:

Los aspectos de las transformaciones socio-culturales, que fueron objeto de profundo estudio en los siglos XVIII y XIX, difieren totalmente de los que hoy se imponen a nuestra atención. El pensamiento social de dichas centurias se orientaba principalmente hacia el estudio de diversas tendencias lineales, que se creía habrían de exteriorizarse a lo largo del tiempo y en el conjunto de la humanidad. Esta idea no atendía más que a la

(1) LUFTFALLA, Georges: *La querelle des classiques et des modernes*. “Revue d’Economie Politique”, mayo-junio de 1947.

(2) Sobre el desarrollo de las ideas estructurales en las ciencias de la materia, puede leerse, entre otros, el conocido libro de EDDINGTON *La Filosofía de la Ciencia Física*—especialmente el delicioso capítulo IX—, o la sugestiva recapitulación de PHILIPPE OLMER: *La Structure des Choses*. París, 1949.

humanidad en general, y tenía por objeto descubrir las «Leyes dinámicas de la evolución y del progreso» que rigen en el curso de la historia humana...

En oposición con el interés dominante durante los siglos XVIII y XIX, en el siglo XX las disciplinas filosóficas, sociales y humanas, se dedican principalmente a estudiar aquellos procesos y relaciones socio-culturales que, o bien son constantes —es decir, que aparecen siempre y en todas partes, entre los fenómenos socio-culturales—, o bien se repiten en el tiempo o en el espacio, o en ambos, en forma de ritmos, fluctuaciones, oscilaciones o «ciclos», con sus periodicidades (1).

El texto precedente resulta sumamente significativo porque formula, en plano de la máxima elevación y generalidad, una relación entre lo cíclico y lo estructural, que se aprecia y estudia con singular nitidez en la ciencia económica. Y, volviendo entretanto a ésta, ya puede comprenderse que ese común interés por la estructura hubo de reflejarse en diversas posiciones científicas que, por ahora, nos limitamos a presentar en varios ejemplos.

En efecto, si dentro de la línea caracterizada por el instrumento matemático cabe reconocer ya en el equilibrio general de Walras-Pareto un verdadero modelo macroeconómico, también los pensadores políticos impregnados de economía (resulta más claro expresarlo así que al contrario) nos ofrecen reflexiones estructurales como las que se aprecian en Tugan-Baranowski, apoyándose, a su vez, sobre Sismondi y Marx. Entre tanto, los históricos, los institucionalistas y demás "heterodoxos" venían labrando importantes piedras sillares para erigir el edificio de la estructura. Y Wicksell mismo, con su peculiar genio para la síntesis entre diversas ramas del conocimiento (genio que, más que a la escuela de Estocolmo, ha pasado a su sucesor en la cátedra de Lund, Johan Åkerman), formula ya desde 1901 la orientación hacia lo macroeconómico, escribiendo en la introducción de sus famosas "Lecturas":

(1) SOROKIN, P. A.: *Dynamique socio-culturelle et évolutionnisme*, en "La Sociologie au XX^e siècle". París, 1947. Subrayados del autor.

De acuerdo con el punto de vista moderno, el estudio de la economía política está convirtiéndose cada vez más en la doctrina de los fenómenos económicos y de sus interrelaciones, contempladas como un conjunto; es decir, en cuanto afectan uniformemente a clases enteras de la comunidad, o al pueblo entero o a la totalidad de los pueblos (1).

Este puñado de referencias sin pretensión exhaustiva, testimonia ya la penetración entre los economistas de una ideología estructural. Pero faltaba todavía a principios de siglo, en tal ambiente sobresaturado, esa llamada de atención que —por así decirlo— hiciera cristalizar el interés hacia los problemas estructurales. A nuestro juicio, tal cristalización se produjo justamente siguiendo esa doble tendencia de las ciencias sociales hacia lo constante y hacia lo repetido a la vez, que tan sagazmente señala Sorokin en el texto precedentemente transcrito. No es difícil comprobarlo repasando las sucesivas preocupaciones temáticas de la ciencia económica, a través de las revistas especializadas.

El alicate de los estudios sobre el ciclo

En efecto, consultando las publicaciones correspondientes a los primeros años del siglo, hasta que los cañones de 1914 no imponen otros temas, vemos abundar las polémicas metodológicas, con alguna atención especial hacia problemas específicos como, v. g., la dedicada por el "Giornale degli Economisti" a la emigración italiana. Pero ya desde principios de la segunda década se atiende mucho más a realidades concretas que hoy incorporaríamos a la estructura, tales como el transahariano, los ferrocarriles chinos, la sericultura, las potasas alemanas y el caucho, reseñándose también —en 1912— la aparición del primer anuario internacional de estadística agraria, fruto del Instituto creado en Roma por la conferencia internacional celebrada en 1905 (2). Pasada la guerra,

(1) WICKSELL, K.: *Lectures on Political Economy*. Londres, 1934. Subrayado del autor.

(2) Digamos de paso—¡qué interesante sería escribir una historia de las ideas económicas modernas a través de las revistas!—que en 1910 el "Giornale

las revistas se ocupan, v. g., de la reconstrucción y de la Conferencia de Bruselas; y, ulteriormente, de los problemas agrícolas (tema que aborda reiteradamente "The Economic Journal" en 1925-26) e incluso, nuevamente, de metodología, quizás al amparo de la apacible onda de prosperidad que dura hasta 1929.

Pero en la cuarta década del siglo —más bien entre 1929 y 1939— los temas cambian. La "Gran Depresión" monopoliza a muchos economistas y organismos económicos mundiales. Claro que el tema de los ciclos era ya más antiguo: Los libros famosos de Mitchell y de Moore son de 1913 y 1914; el estudio de Aftalion, de 1913, lo mismo que el de Hawtrey; y el de Hansen es de 1921. En las revistas, el artículo de Clark sobre "La aceleración de la actividad y la ley de la demanda" es de 1917; el de Mitchell, sobre "Los ciclos económicos", de 1923. Pero la proliferación de trabajos sobre el tema, espoleada comprensiblemente por el problema del paro y alimentada con los nuevos combustibles de las teorías keynesianas y el multiplicador, se produce, sobre todo en esa década a que nos referimos, como prueba la bibliografía reunida por Harold M. Somers. Y, para terminar, de 1934 es el artículo de Neisser sobre la ley del mercado de J. B. Say, en cuyos subtítulos se plantean ya los problemas de las variaciones en la estructura de la población y en la estructura de la demanda.

Pues, como es fácil comprender, el estudio del ciclo económico pone inevitablemente de relieve la cuestión, decisiva para nosotros, de distinguir entre lo que tiene carácter estructural y lo coyuntural, que no lo tiene. Más profundamente aún: Hay que distinguir entre el sistema circulatorio de la economía —los canales o arterias que la recorren— y las corrientes que por ellos discurren. Aquél varía lentamente, pero el caudal de éstas presenta modificaciones mucho más rápidas.

Esta última imagen merece ser subrayada, pues procede de la famosa "Teoría del desarrollo económico", publicada en 1911 por Schumpeter, autor que es uno de los ejemplos más claros de la

degli Economisti" publica un artículo de T. MARTELLO con un título tan delicioso como éste: *L'aeroplano: apoteosi della scienza economica*. Y no había sido menos audaz el venerable PANTALEONI al publicar en 1907, y en la misma revista, su *Una visione cinematografica della scienza economica*.

penetración mutua entre los problemas del ciclo y los de la estructura. Porque Schumpeter, considerado tradicionalmente como un especialista en problemas del ciclo, es mucho más importante desde el punto de vista de la estructura. Su teoría de las "innovaciones" es en realidad una teoría del desenvolvimiento económico, entendido como paso de una estructura a otra. Sobre este amplio tema hemos de limitarnos aquí a recordar, en apoyo de nuestra tesis acerca del papel estimulante de los estudios sobre el ciclo, que ya antes de 1900 —en una época en que, como dice el propio autor, "pocos libros científicos tratan de la historia de las crisis"— Tugan-Baranowski expone cómo varían en cada época los caracteres generales de las crisis y del paro, reconociendo así la diferencia entre lo coyuntural —las propias crisis— y lo estructural. Y presenta bajo el nombre de paro "moderno" lo que es un evidente paro estructural, hasta el punto de atribuirlo el autor, de acuerdo naturalmente con su ideología política, a la estructura capitalista (1).

Al mismo tiempo, y ligados de otra parte al progreso de la estadística, los problemas de la Renta Nacional impulsan asimismo, por razones conexas, a estudiar la estructura. El artículo de Bowley —uno de los adelantados en estos problemas— en "The Economic Journal" es de 1926, multiplicándose en la década siguiente los trabajos sobre el tema, así como después de 1940, en que todavía debaten el concepto de la renta nacional Kuznetsk (1941), Hicks (1940), Meade y Stone (1941 y 1944) y Barna (1942), entre otros.

Creciente importancia de las formas económicas extra-europeas

Para concluir, quisiéramos añadir otro estímulo hacia lo estructural, además de la ya citada adquisición de nuevos instrumentos y del interés por lo cíclico, por el progreso económico y por la renta nacional. Se trata de que las culturas y formas de vida extra-europeas han ido pasando, durante los últimos años, a un plano mucho más destacado de la consciencia mundial, multipli-

(1) TUGAN-BARANOWSKI: *Les crises industrielles en Angleterre*. París, 1913.

cándose los contactos entre los estudiosos europeos y los de otros continentes.

No queremos sugerir con eso que tal contacto no existiese anteriormente. El mismo siglo XIX, por el contrario, fué un siglo de colonizaciones modernas, y los clásicos economistas anglosajones eran quienes menos podían ignorarlo. Pero el contacto con países de otro tipo estructural completamente distinto no podía ser muy estrecho tal como se realizaba por unos colonizadores que, como se ha escrito entre los propios ingleses, se acercaban al África. v. g., con un espíritu mixto: "Business and charity, fifty fifty." El contacto, naturalmente, no pasaba, en general, de los puestos militares y administrativos o de las factorías para el intercambio, y, lo que es más importante, los países exóticos no podían presentar directamente sus problemas en la elevada esfera de las tres o cuatro cancillerías europeas donde se decidía cuáles asuntos eran realmente importantes. Pocos políticos occidentales tenían consciencia de que las comunicaciones nos hacían ya vivir a todos en una estructura mundial crecientemente unificada; hasta tal punto que, contra la opinión de otros estadistas más perspicaces —el mariscal Smuts, por ejemplo— el presidente Wilson y sus seguidores consiguieron imponer en Versalles la tesis de que no era necesario continuar en la paz la cooperación económica desarrollada por los aliados durante la guerra. Por esta causa, la Carta de la Sociedad de Naciones no establece un organismo económico (el Comité inicial, más adelante convertido en "Organización Económica y Financiera", nació sólo como consecuencia de los problemas planteados después en la Conferencia de Bruselas), y limita prácticamente su alusión a lo económico en una vaga referencia genérica a "fomentar la cooperación internacional" (preámbulo) y en el artículo 23 e), que asegura la libertad de comunicaciones y tránsito y el trato comercial equitativo, así como ciertos acuerdos en relación con los países devastados por la guerra.

El cambio de panorama, tan sólo treinta y cinco años después, resulta impresionante: Desde ese pequeño y tan revelador detalle de sustituir la palabra "Financiera" por "Social", en el "Consejo Económico y Social" de las Naciones Unidas, hasta ver a éstas presididas por una dama representante de la India. Y es que la primera guerra mundial fué un espolazo al desarrollo y a la

evolución de los países llamados nuevos, donde ya antes de 1939 se había advertido que los esquemas estructurales de las naciones de Europa no eran total y fielmente adaptables en todas las colectividades. Y la historia de la economía contemporánea, tal como se aprende a través de las revistas, nos hace ir viendo aparecer en los sumarios nombres de canadienses o australianos, por ejemplo, e incluso la enrevesada grafía de los nombres de indostánicos y otros orientales. Con todo ello, los estudiosos de las ciencias sociales se acercan a esas formas de vida distintas de las europeas, incluyendo muchas veces entre sus preocupaciones científicas la de la actividad económica. Es muy significativo el hecho de que en 1921, y en un puesto de honor de "The Economic Journal", se publicara ya un artículo sobre la economía entre los isleños de Frobriand, debido nada menos que a un antropólogo de la talla de Malinowski, cuyas teorías merecen ser estudiadas detalladamente por la luz que arrojan para resolver los problemas planteados por la existencia de instituciones dentro de la estructura económica.

En resumen, cabe afirmar que durante los últimos lustros se adquieren nuevos instrumentos técnicos indispensables y se difunde una mentalidad general cuya manifestación en nuestra ciencia tiene carácter netamente macroeconómico. A ello se suma el interés —espoleado por el paro y la depresión— hacia la coyuntura y el desarrollo económico en las economías europeas, por una parte, y, por otra, al estudio de estructuras económicas diversas, fomentado por la presencia, cada vez más intensa, en el escenario internacional, de países muy diferentes en organización y actividad. Todas estas razones explican suficientemente, a nuestro juicio, por qué durante los últimos años se produce la eclosión de los estudios estructurales.

Tradición y futuro de la Estructura Económica

Hemos llegado con esto al final de nuestra breve introducción histórico-genética. Hemos aludido en ella a variados autores que son fuentes muy dispares de la estructura económica, aunque la cultivaban sin saberlo, como hablaba en prosa el burgués de Mo-lière; o sin saber, mejor dicho, que lo que hacían sería llamado des-

pués "Estructura". Hemos comprobado que la ciencia es nueva, según afirmamos al comenzar, pero también que sus cultivadores son antiguos; por lo que, al contar con ellos en nuestro trabajo, nos resulta más fácil —como recomienda Eucken— ser *innovadores dentro de la tradición*. Conviene ahora puntualizar, más precisa y sistemáticamente, cuáles son las corrientes de dicha tradición. Ya se comprenderá, sin embargo, que tal tarea requiere un libro —y en ello estamos— para ser desarrollada con algún detalle y, por tanto, que aquí sólo pretendemos abocetar en grandes líneas las clases de materiales que encuentra en el pasado el especialista de la estructura. Al hacerlo así somos conscientes de sacrificar cien detalles valiosos y hasta de introducir clasificaciones demasiado netas para realidades cuyos límites son siempre discutibles y confusos. Confiamos, sin embargo, en que con ello resaltarán mejor los relieves básicos de la tradición económica cuando se la contempla a través del prisma estructural.

Pues bien, al iluminar así las corrientes que afluyen a la presente cuenca de conocimientos estructurales, distinguimos tres troncos principales que llamaremos "geográfico-locacional", "económico" e "histórico-social" y cuyas características y riquezas vamos a explorar someramente.

1.º La *aportación geográfico-locacional* nos ofrece, con la geografía, ideas y materiales que datan de la antigüedad. Para nuestro fin actual, sin embargo, arrancaremos sólo de los dos grandes nombres de Humboldt y Ritter que, precedidos por Kant, sientan las bases de la Geografía moderna a principios del siglo XIX. Los trabajos de Le Play, Andrée (que publicó ya en 1862 una *geografía comercial*), Ratzel, La Blache, Chisholm, Brunhes, Huntington y Demangeon, a lo largo del siglo XIX y del XX permiten trazar poco más o menos —entre otros muchos autores, naturalmente— la ruta de aportaciones que, dentro del campo geográfico y con el espíritu y los principios de esta ciencia de la Tierra, más pueden interesar como materiales para la Estructura, especialmente en lo relativo al tratamiento del factor espacio. Ahora bien, algunos economistas han estudiado especialmente ese mismo factor, construyendo una teoría de la localización que podemos hacer arrancar de la obra de von Thünen (1826) y llega hasta nuestros días pasando principalmente por Launhardt, Alfred Weber, Palander,

Lösch y Hoover. A veces, como sucede en el caso de Le Play o, modernamente, en el tratamiento conjunto desde distintos enfoques científicos de los problemas de regiones enteras, es difícil precisar dónde termina la mentalidad geográfica y dónde comienza la económica; de aquí que hayamos fundido en un solo tronco toda esta corriente de aportaciones a doble vertiente, cuyas creaciones, en general, se encuentran sobre todo vinculadas a los problemas espaciales de la estructura.

2.º Hemos denominado *económico* al segundo conjunto de aportaciones, y con ello queremos significar que agrupa a las creaciones de distintos autores, más próximos al enfoque dado por los clásicos a la ciencia económica. Ya se comprenderá que con eso no queremos negar el carácter de economistas, y de economistas importantes, a un von Thünen o a un List, v. g.; y que, una vez más, sacrificamos al rigor, a la necesidad de percibir en una sola ojeada panoramas demasiado vastos. Pues bien, así entendido, este segundo tronco aparece con mayor complejidad y se remonta a la divisoria entre los siglos XVII y XVIII, con las creaciones de Petty y demás "Aritméticos Políticos", de una parte, y las de los cameralistas y estadísticos alemanes, de otra. No podemos desarrollar aquí —algo ha quedado apuntado en párrafos precedentes— por qué la Estructura Económica no queda definitivamente creada con la obra de Petty o, poco después, con la de Quesnay; ni por qué se soterran para no reflorar —y por qué razones— hasta bien entrado el siglo XX. El caso es que durante el XIX, según hemos atisbado ya, el grupo de los clásicos resulta relativamente menos interesante desde el punto de vista de la especialidad estructural, si bien hace florecer en cambio, durante los últimos tiempos, una serie de orientaciones de la mayor importancia, que vamos a especificar someramente:

a) En primer lugar, los estudios de la *Renta Nacional*, con la extraordinaria difusión actual de los correspondientes trabajos valorativos.

b) En relación con el anterior, los estudios dedicados a la *Contabilidad Nacional*, que también tienen ya antecedentes precursores en el propio Petty, y que actualmente cristalizan en ideas tan modernas como el sistema noruego de "ecocírculos" y en métodos internacionales como el sistema normalizado de Stone y sus cola-

boradores, adoptado por la Organización Europea de Cooperación Económica.

c) El *modelo de Leontief*, heredero declarado del *Tableau Économique* de Quesnay, que viene siendo objeto de aplicaciones muy recientes en distintos países.

d) Los *modelos econométricos*, en general, que, inicialmente concebidos más bien para estudios coyunturales, han conducido también a delimitaciones y conceptos de interés estructural, sobre todo a través de los trabajos de Tinbergen y de Frisch o el grupo de econométristas de la Cowles Commission.

e) Finalmente, y en una posición ligada al estudio de los ciclos, pero que debe situarse ya a caballo entre este grupo y el siguiente, se encuentra una serie de autores que han trabajado a veces con propósitos diversos, pero que coinciden en facilitarnos —aunque sólo sea de manera subsidiaria— aportaciones sobre *problemas a largo plazo y de desarrollo económico*. Aparte de toda la moderna corriente centrada en torno a la cuestión de “áreas no desarrolladas” (con consideración de factores sociales, institucionales, etc.), los nombres de Schumpeter y Åkerman figuran, sin duda, entre los más destacados de esta orientación.

3.º En tercer lugar hemos aludido a una corriente *histórico-social* dentro de esa tradición estructural. Distinguiremos ahora en ese grupo, de una parte, a las varias escuelas de economistas no clásicos (institucionalistas e históricos principalmente) y, de otra, a los cultivadores de diversas ciencias sociales distintas de la economía. Estos últimos incluyen sobre todo, desde nuestro punto de vista estructural, a los etnógrafos y a ciertos especialistas de la sociología, como los integrados en la llamada “sociología sistemática”, o como, más modernamente, los investigadores de la sociología de los grupos y los que, con Talcot Parsons, analizan la estructura y los problemas de la actividad social.

Estas tres corrientes abarcan, como puede apreciarse, una muy varia y amplia tradición científica, cuya sola asimilación y reexposición desde el punto de vista estructural representa ya una tarea considerable. Ahora bien, si reflexionamos sobre las distintas direcciones precedentemente abocetadas veremos cómo de ellas sedimentan, por una parte, conceptos y métodos para el estudio de los aspectos cuantitativos de la estructura, y, por otra, instru-

mentos análogos para el estudio de lo cualitativo. Concretando más aún, es fácil advertir que los actuales trabajos relacionados con la Renta y la Contabilidad Nacional, con las tablas de Leontief y con los distintos tipos de modelos integran toda una dirección teórico-aplicativa para llegar al conocimiento científico de la realidad económica en sus facetas sometibles a la formulación numérica; al mismo tiempo que las técnicas y adquisiciones recientes de las ciencias sociales y de la corriente "histórico-social" aportan medios para atacar el aspecto cualitativo y, sobre todo, institucional de la estructura.

Así es cómo de esa tradición, tan extensa y varia, se decantan unas adquisiciones válidas para el futuro; así es cómo de la base recibida cabe proyectarse hacia la tarea pendiente. Y apresurémonos a afirmar que, pese a la cantidad y calidad de lo heredado, quedan todavía sin resolver problemas considerables de concepto y de metodología, no habiéndose logrado plenamente síntesis descriptivas dotadas del detalle suficiente para ser útiles sin resultar por ello confusas o penosamente perceptibles. Pero permítasenos deducir, de tan acelerado y apenas esquemático resumen de corrientes tradicionales, una observación a nuestro juicio importante sobre la naturaleza de la especialidad estructural y sobre su puesto entre las demás ramas de la ciencia económica.

Obsérvese, ante todo, que al hacer confluir tan varias aportaciones pasadas se verifica, por de pronto, la superación de controversias que en su tiempo fueron muy encarnizadas, y que, si bien hoy han pasado a segundo plano, no por eso dejan de aletear en ocasiones. Nótese, en efecto, que a la Estructura vienen a abocar, en sus distintas corrientes, los históricos y los clásicos; como vienen a coincidir asimismo los representantes de la macroeconomía y de la microeconomía —en cierto modo, otro aspecto de la misma cuestión—, y del análisis general y el parcial. Sucede como si las obras de un puente comenzado simultáneamente a construir desde una y otra ribera viniesen, por fin, a cerrarse y reunirse en esta piedra común de la Estructura.

Pero, al mismo tiempo, la Estructura ofrece una fecunda base para articular la economía con otras ciencias, principalmente sociales y las estadísticas y matemáticas. Y, por otra parte, esta nueva especialidad crea la base necesaria e imprescindible para

una política económica realmente científica. Todas estas razones nos conducen a concebir la Estructura como una verdadera clave de arco. Pues en ella queda soldado el puente comenzado a construir desde cada lado por la microeconomía y la macroeconomía, respectivamente. En ella se ven aplicados los conceptos de la teoría económica, tomando cuerpo real para el quehacer de la política económica. En ella, finalmente, han de superarse armónicamente —sobre todo gracias a nuevos medios de cómputo— controversias metodológicas como las que han separado a históricos y clásicos, o a matemáticos y no matemáticos; pues todos ellos, salvo menores detalles de ensambladura, pueden colaborar en el edificio estructural.

No se vea en las anteriores palabras una pretensión de mayor jerarquía para la Estructura Económica. No es en sí más importante la encrucijada que las avenidas aferentes a ella; y no es éste un problema de "estatura" sino de posición en un mismo plano. Por otro lado —aparte de que tales susceptibilidades carecen de sentido—, tampoco debe extrañarnos la posición que atribuimos a la especialidad estructural dentro de la ciencia económica, puesto que su objeto, en términos generales, es la descripción científica del mundo real. Recordaba Cassel, en unas conocidas conferencias impresas bajo el título "Pensamientos fundamentales en la Economía", que *el objeto de la ciencia económica es la vida económica*. Y estas palabras explican, mejor que las nuestras, por qué la Estructura Económica resulta ser esa confluencia, ese puente acabado, esa clave de bóveda.

JOSÉ LUIS SAMPEDRO